

(2)

CARTA CUARTA
DEL POBRECITO HOLGAZAN

á Don Servando Mazculla.

Amigo y Señor: Dejé, si no me engaño, pendiente mi última carta en aquellas esquelitas que acababa de recibir de mis dos favorecedores; y en efecto, apenas me acepillé el vestido, cuando me fuí en derechura á presentar mis respetos á S. E. Halléle en su gabinete revolviendo mamotretos, y deshaciendo legajos, que segun el colorcillo de manteca rancia que tenían, me parecieron no haberse visto en soltura de muchos años acá. Apenas me hubo mirado, echó mano á los anteojos, y me dijo de este modo. ¡Páreceme á Vmd., amigo, que á un hombre de mis servicios se le ponga en precision de cantar la palinodia? Supongo á Vmd. enterado de las bolinas que corren, y acaso no ignorará que me veo

en precision de imprimir un *manifesto*. No es esto lo que me apura, porque además de que ya me lo tiene enjaretao un amigo que me estima, tengo aqui una coleccion de los que mas han sonado en estos años atras. Lo que sí me mortifica es que hasta tanto que salga tengo que guardar clausura, y no presentarme con mi berlina por ese prado adelante, como tenia de costumbre. Hasta el compañero que iba todas las tardes conmigo, se ve tambien atacado, y no se atreve á salir de su escondite. Por lo tanto yo quisiera que Vdm. no retrasára el ponerle en limpio; y para que no pueda equivocarse en los elogios que debe tributarme, quiero que Vmd. vaya repasando conmigo esta hoja de servicios que he encontrado aqui á la mano.

Piengan por ahí cuatro tontos, que para haber llegado á Teniente General no he tenido mas que favor y mas favor, pero yo les haré ver ahora que no me han hecho mas que justicia rigurosa. Porque ha de saber Vmd. que

todavía no había cumplido nueve años cuando me veía ya con dos charreteras en los hombros y mi despacho corriente, por los muchísimos méritos que había contraído mi madre siendo *Señora de Honor*. Mas de seis años estuve agregado á los regimientos que había de guarnición en la Corte, y precisado todos los meses á irme á presentar en la revista. Vi pasar por cima de mí muchísimos capitanes mas modernos que yo, bajo pretexto de que habían perdido algun miembro de su cuerpo en la guerra de Gibraltar. Entretanto ya me iba apuntando el vigote, y si no es por un almuerzo que se dió en la casa del Labrador, acaso no hubiera salido á gefe hasta estar harto de cumplir diez y seis años. Por fin, me hicieron teniente coronel agregado, y tuve que ponerme en marcha para el puerto de Santa María, separándome de mi pobre madre, y sin mas recomendacion que unas cartas del Ministro de la Guerra para el Capitan General de Andalucía. Este señor me

precisaba á ir muchos dias á su mesa, y hasta me encargó una comision de traer pliegos á la Corte, anunciando la llegada de una flota. ¿Vea Vmd. si este servicio no mereció la miseria que me dieron, que fue el grado de coronel? Pues hasta eso lo llegaron á murmurar. Detúveme aqui unos dias, y como no era razon que habiendo yo servido tan bien á la patria, no se me concediera algun descanso, mi madre reclamó, como era justo, que se me emplease en la secretaría, sin mas objeto que el de cobrar alguna cosa mas de sueldo. Allí aguanté todo el tiempo que duró la guerra anterior de Francia, y cuando se hizo la paz ya se caia de su peso que me dieran la encomienda que disfruto en la órden de Santiago. Luego tuve que aguardar á un dia de besamanos para lograr el bordado de Brigadier. Vea Vmd. si hasta entonces tendria nadie que decir de mi carrera; pues con todo eso no me han faltado enemigos y envidiosos que han estado murmurando de mis adelanta-

mientos, sin considerar que otros apenas andan á gatas cuando yason Mariscales de Campo. En verdad, en verdad que yo no lo fuí hasta la campaña de Portugal, cuando conquistamos el *Naranjal de Yelves*, que nos costó mas sangre que lo que á Vmd. le parece. Finalmente, cuando llegaron los franceses, yo me exalté de puro patriotismo, y de paso para Cádiz me acerqué á la junta de Estremadura, donde me dieron el grado de Teniente General.

Todo esto que he dicho á Vmd. lo verá confirmado en ese legajo, que no hay mas que ir buscando patentes, para que se vea que no miento. Pues por lo que hace á insignias, no hay una que yo no me haya ganado; á bien que no tienen mas que mirarme al pecho cuando voy á la Corte, que apenas tengo uniforme donde me quepan. Por eso S. M., que hasta ahora solo ha premiado el verdadero mérito, me colocó en el Supremo Consejo de la Guerra, para que con mis luces y ex-

perencia militar, organizase el ejército, y cuidase sobre todo de poner trabas á las purificaciones. Esto es en compendio lo que Vmd. ha de poner de letra bien clara en el *manifiesto*, tocando ligeramente eso que dicen por ahí de los dictámenes particulares que puse, porque ademas de que yo me propongo desvanecer esa especie verbalmente, con solo que Vmd. recalque un poco sobre *mi nacimiento, mi honor, los altos destinos que me han sido confiados, y sobre todo mi acendrado celo por el servicio*, estamos despachados, y Cristo con todos. Para documentos justificativos puede Vmd. copiar al fin todas las patentes y despachos que tengo, y aquel oficio que me pasó el alcalde de Donbenito contándome el suceso de la Albuera,

Con esto me retiré á mi casa, y despues de haber puesto en orden todos los papeles, me dirigí á la del otro señor Eclesiástico que me habia enviado á llamar. Como yo ya sé su genio, procuré mesurar mi semblante y mis

palabras para no contradecirle, y aguantar algunas impertinencias que tiene. Encontré al lacayo en la antesala, y como éste no sabia que yo iba allí llamado, me dijo que no tenia que esperar al amo, porque estaba rezando maitines ínterin llegaba la hora de darse la disciplina. Díjele entonces que yo no me hubiera atrevido á venir á molestarle si no me hubiesen enviado á llamar para cierto encargo que se necesitaba de prisa. Levantóse de la silla, y pasó á dar el recado al Señor, quien dió órden inmediatamente de que pasase adelante. No estaba por cierto rezando maitines, sino tomando un gicaron de chocolate con muchísimos vizcochos; y sin levantar la vista me preguntó si yo era todavía cristiano católico, ó si me habia dejado pervertir por las máximas del día. Bonito soy yo para eso, le respondí; apuradamente ninguno es mas enemigo que yo de lo que está pasando, y cada día me acuerdo mas de lo que perdemos todos en que ya no se escuchen los santos

consejos de los varones apostólicos que hasta ahora han llevado el timon de la Iglesia y del Estado. Pero Dios querrá que esto cambie, y que veamos otra vez encendida la antorcha de la fe que se va apagando á toda prisa.

Entonces me miró de arriba abajo, y poniendo una cara algo menos austera que hasta allí: Bien parece, me dijo, que no ignora Vmd. los grandes servicios que se hacen á la Nacion con avocarse uno esclusivamente las propuestas de todos los destinos de importancia, porque con eso nadie sale acomodado sino el que tiene el modo de pensar que se le manda. Mi dictamen ha sido siempre que ninguno que se rie puede ser querido de Dios; que los hombres necesitan mucho palo; y que no poniendo al frente de todas las corporaciones hombres duros y apasionados á obedecerme, el altar y el trono corrian un peligro inminente. Pero esto no es del caso; lo que yo necesito es que Vmd. vea de coordinar un *manifesto*, asi á manera de pastoral, que

pienso dar á luz un día de estos para desvanecer ciertas voces que susurran, sobre si me debo ir ó no á mi Iglesia, porque dicen que ya no hago falta. Yo sé muy bien que la hago, y sé mucho mejor que no tengo gana ninguna de ir á tratar como iguales á los que han sido mis súbditos: sé lo que son cabil-dos, y yo nunca he podido estar en paz con ellos; con que vea Vmd. el modo de arreglar esos materiales, porque mi cabeza no está para tales ocupaciones.

Inclinó la suya haciéndome señal de que me marchára, y yo le obedecí con disgusto, porque deseaba hallar algun hueco para espetarle mi preten-sion. Veremos si cuando le lleve el trabajo concluido, puedo tirar alguna puntada que me asegure la bucólica. El trabajo no era difícil, porque ya estaban indicados los medios de defen-sa, siendo el principal de todo recordar al público que no hay medio mas seguro para ganar el cielo, que olvi-darse de las injurias recibidas, y col-

mar de nuevos beneficios á los que nos han hecho mal. Con esto, y con unas cuantas citas de San Pablo y de la sagrada Escritura, quedó demostrado, que *á lo hecho pecho, y agua pasada no muele molino.*

No tardarán en salir al público, y yo tendré buen cuidado de remitírse-los á Vmd.; pero entretanto quiero enterarle de cómo van estas cosas, porque me parece que le ha de ensanchar el ánimo lo que voy á decirle. Ya sabe Vmd. que lo que mas me afligia cuando empezaron estas trapisondas, era el ver que todos los madrileños se habian dado de ojo para no remover aquellas especies de que nosotros hemos sacado tanto fruto en estos últimos años. Quiero decir, aquellas designaciones de partido, con las cuales supimos mantener una guerra abierta entre familia y familia, haciendo que una parte de los españoles mirase á la otra como indigna de merecer este nombre. Nadie puede negar la utilidad que sacó la Patria de tener divididos

los ánimos hasta el punto de que no solo fuesen excluidos de los empleos aquellos que nos podian hacer sombra, sino tambien desechados de la sociedad, y privados de respirar el aire patrio. Nosotros tuvimos el gusto de marcar sus frentes con los ingeniosos mo-
 tes de *liberales* y *afrancesados*, y no contentos con declararlos incompatibles con nuestro verdadero interes, supimos tambien enzarzarlos á ellos entre sí, para que se aborrecieran mutuamente, ó á lo menos para que se mirasen con recíproca desconfianza. Era cuasi imposible que se reconciliáran nunca, y de este modo estábamos seguritos de conseguir cuantos destinos vacasen. Pero aquel aciago dia del 9 de Marzo, este pueblo de Madrid, que es un bragazas, empezó á pedir á gritos la amnistía general sin distincion de personas, aturdiendo el palacio, la plazuela, las casas consistoriales, y todos los sitios públicos, hasta que arrancó el fatal decreto de olvido y de libertad. Le confieso á Vmd. amigo que por

entonces miré nuestra santa causa como perdida enteramente, y que no hubiera dado un pito por el triunfo de nuestro partido. Mucho mas creció mi descon-suelo cuando supe que se habia dado órden para que pudiesen volver al seno de sus familias todos esos bribonazos que impidieron el saqueo de Madrid, de Sevilla, y de otros pueblos, cuando la invasion francesa; sobre todo aquellos pícaros que hallándose egerciendo la judicatura, no abandonaron el aforo, para trasladarse á Cádiz, donde cabia todo el mundo, y desde cuya plaza podian administrar justicia á los pue-blos que les estaban encomendados. Ellos fueron la causa de que se detu-vieran los progresos de la anarquía, y hasta hicieron la iniquidad de que se estableciese algun órden en el pago de contribuciones. Yo les aseguro que por el voto de Vmd. y por el mio, nunca habian de haber tenido ni aun remota esperanza de volver á abrazar á sus ma-dres, esposas, hijos, ni amigos, ni aun el de beber las aguas de los rios que les

vieron nacer. Pero este bárbaro pueblo, que es generoso y noble por instinto, lo primero de que se acordó fue de pedir al Rey que olvidára él mismo sus agravios, y que los hiciera olvidar á todos los españoles.

Pero aquí de mis artimañas y de las de todos los nuestros. Lo primero que hemos hecho ha sido introducir la duda de si el decreto, que está concebido en términos generales, y que no ofrece la menor dificultad, es aplicable á los *afrancesados*; si debe interpretarse con arreglo á lo que dice, ó á lo que debió decir; si fue esa la intencion del pueblo ó la del gobierno; y finalmente, si la orden comunicada á los Embajadores de Londres y de París, se ha de revocar ó no. Ya Vmd. conoce que esto es muy interesante para lo sucesivo, porque como las ideas de los *afrancesados* son tan parecidas en ciertas cosas á las de los *liberales*, no tardarian casi nada en unirse contra nosotros, y nos veriamos negros para poder alternar con ellos en la provision

de destinos, que es el objeto principal de nuestras ansias. Pero ya, gracias á Dios, vamos sacando partido, y empiezan á dejarse persuadir de nuestras insinuaciones; de modo que si logramos que los liberales se declaren otra vez enemigos de los *afrancesados*, sin remedio ninguno vamos á tener bajo nuestras banderas á los unos ó á los otros.

Tambien debe Vmd. tener esperanzas en la santa liga de los Príncipes del Norte, que el que mas y el que menos está temblando de que se introduzca aqui la heregía de Lutero, porque como todos ellos son católicos, apostólicos, romanos á machamartillo, es regular que cada uno envíe un ejército en forma de Cruzada para sujetar á estos locos. Lo que sí debe darnos cuidado es el que abran los ojos los propietarios de la nacion, que es en quienes reside la verdadera fuerza, porque si ellos llegan á formar una liga, aunque no sea santa, estoy bien cierto de que nos van á reducir á la dura necesidad de que trabajemos todos los que

gustamos de holganza. Pero no es de esperar que una gente que tiene puestos sus cinco sentidos en la vil ocupacion de cultivar la tierra, se vaya á penetrar de las ventajas que les ofrece la Constitucion, ni que deje de mirar con respeto á los que siempre los han tenido á los pies de los caballos. No en vano decia un hombre docto, que mientras se conservára en España la aficion á la Teología, no habia que temer alborotos ni sediciones, porque ya se vé, si en un pueblo de cien vecinos los veinte tiran para beneficiados, catorce para abogados, seis se meten frailes, cuatro estudian para escribanos, ocho se vienen á ser lacayos á Madrid, tres se dedican á barberos, otro á herrador, aquel á carretero, y si luego se descuentan el sacristan, el monago, el médico, el boticario y el maestro de niños, vea Vmd. lo que queda para cultivar las tierras, las viñas y demás zarandajas del campo.

Otro arbitrio hemos discurrido para cortar los vuelos á las ideas del dia, que

es poner en ridículo eso que llaman el *juramento*: porque decimos nosotros, si eso que se jura fuera con ánimo decidido de cumplirlo, una de dos, ó se apresurarian á prestar el juramento muchas personas que se sabe que no le prestan sino á regañadientes, ó se resistirian con noble franqueza á prestarle; es asi que apenas juran cuando ya estan obrando en contra de lo jurado, *ergo* esto no es mas que una farsa para salir del apuro. Yo asistí el otro dia al juramento que prestó una corporacion de esta Corte, y por cierto que tuve un rato muy divertido, porque fue tal la jarana y la gresca que se armó, que era cosa de reir uno las tripas. Verdad es que estaba abierto el libro de los santos Evangelios, que habia delante la imagen de nuestro Redentor Jesucristo (y por cierto que era de plata): que se les puso á cada individuo la señal de la cruz, y se interpeló el augusto nombre de Dios, pues con todo eso se estaba viendo en algunos, que aquello no era mas de por cumplir, y en los mas se descubria la

violencia con que pronunciaban el sí juro. Yo conocí que tenían razon, porque como ya tantas veces se han jurado tantas cosas, y nadie ha pagado el pato sino los tontos que lo cumplieron, lo mejor es jurar como en un barbecho, y luego hacer lo que á uno le tenga cuenta: ¿está Vmd?

Tambien nos tiene ofrecida su pluma un poeta de nuestro bando, porque es del bando de todos, y yo no sé si es por la fuerza de sus versos, ó porque sabe cuando los ha de hacer; lo cierto es, que el partido que él alaba es siempre el que queda encima. Cosas le he visto yo en otros tiempos ensalzar hasta las nubes, que todos decian que debian estar debajo de tierra; pero tambien el pobre que quedaba debajo ya podia encomendarse á Dios, porque en un abrir y cerrar de ojos le espetaba una sátirá que lo volvía loco, aunque el dia antes hubiese comido en su casa, y á los postres le hubiese pedido prestada una onza. Es hombre de mucho provecho, y que á pura copla ha sabi-

do calzarse un destino útil y descansado. Ya dice él que se va á jubilar como poeta, pero nos tiene dada palabra de que luego que esto cambie de modo que no haya duda ninguna, el primer soneto que componga ha de ser en alabanza de la Inquisicion, y unas letrillas á la Orden Tercera de nuestro padre san Francisco.

Igualmente he recibido una carta de un caballero cruzado, que tuvo mucho favor en su tiempo, como que corrieron voces de que iba á estar en el candelero: tambien la echa de escritor, y era una de las columnas de la Iglesia y del Estado, como que le valió bien uno y otro. Si supiera Vmd. que pesetas hizo en poco tiempo... sobre que su casa era una colmena. Allí las cajas de dulce, los jamones, las cargas de chorizos, el aderecico para la señora, los juguetes para los niños, y de cuando en cuando los cartuchos de medallas por via de gratitud, pero nada de simonía ni de cohecho. Sí, ¡bonito era para tales picardías!

como que una vez que le regalaron unas peras en una bandeja de plata, salió muy enfadado hasta la puerta, diciendo á los criados que ¿por qué habian recibido las peras? Yo concurrí algunas veces á su tertulia, cuando tenia mangoneo, y en mi vida he visto junto tanto señor de respeto. De obispo abajo, no habia clase de sugetos que no gustáran de oirle, pero él á todos los hablaba en su lengua, y como tenia aquel *coramvobis* y aquella magestad en el hablar, les hacia creer á todos cuanto le daba la gana. Y no tenia maldita la vanidad, porque aunque hizo grabar su retrato de cuerpo entero, no fue mas de porque se lo rogaron algunos amigos suyos, que estaban mal con él no se diese á conocer por ese mundo. Me parece que le estoy viendo todavía con su vestido bordado, sus veneras, su escudo como el mio, y aquel andar tan posado que parecia un embajador. Dios le bendiga por el bien que me prometió, y que me hubiera cumplido sin duda alguna,

á no haberle levantado un caramillo que le hizo saltar de aqui con mucha pena de los buenos. ¡Oh envidia, envidia, y qué de males acarreas! Ya se ve, si en cuanto vieron que no habia logrado ser lo que él deseaba, empezaron á hacerle burla hasta los pretendientes, y eso que les habia prometido no recibirles la *excelencia*. Pero á fe que ya me dice que en cuanto se vuelva la tortilla, no ha de dejar obispado donde no cobre una pension, y lo creo, porque es hombre capaz de hacerlo como lo dice.

Vea Vmd., pues, como aqui no perdemos el tiempo, y vamos preparando materiales para nuestra empresa: no se descuide Vmd. por su parte, y dándome aviso de sus progresos, mande á su afectísimo amigo *El Lamentador*.

*Reimpresa en Valladolid, imprenta de Roldán,
año de 1820.*

Se hallará en dicha imprenta con las anteriores.